

INTRODUCCIÓN: DIEZ TESIS SOBRE CÓMO DESARTICULARON EL MEDIO RURAL (Y SOBRE CÓMO INTENTAR RECUPERARLO)

Ascensión Igual es una de tantas habitantes del medio rural español que tuvo que dejar su pueblo para ir a vivir a una ciudad, Teruel. Nació, como casi todo el mundo hasta hace pocas décadas, en su casa, en la aldea de Los Baltasares. Pese a que su juventud fue bastante convulsa por la Guerra Civil Española, tuvo una vida bastante tranquila en la vecina aldea de Mas Blanco, en la que vivió toda su vida. Sin embargo esta aldea, como decenas de miles en todo el mundo, fue vaciándose poco a poco de gente en búsqueda de una vida aparentemente mejor en la ciudad. Pese a que se resistía, la falta de médicos y de servicios básicos en la zona, como agua, electricidad o un acceso rodado en condiciones, le obligó a emigrar igualmente. Fue la última habitante de Mas Blanco, una masada que hoy está casi deshabitada.

A principios del siglo XXI se difundió la noticia de que por primera vez en la historia de la humanidad, más de la mitad de la población mundial ya residía en ciudades, todo un hito en la historia de la urbanización y que fue anunciado como un triunfo del progreso y de la modernidad. Las luces de neón de la ciudad atraen cada día, especialmente en países pobres, a miles de personas que huyen del atraso cultural y material del campo. Es una historia que se repite una y otra vez: la historia de la urbanización y del capitalismo es la historia de la desarticulación de comunidades rurales e indígenas, y de sus economías.

El medio rural es un concepto difuso que se crea hace apenas un siglo para designar aquello que no es ciudad. Aquí lo entendemos como un conjunto muy heterogéneo de territorios vencidos, o más bien de territorios “de vencidos”: campesinos, masoveros, artesanos, pescadores o ganaderos trashumantes, por no hablar de la biosfera y el medio natural, han sucumbido a las lógicas del mercado y al capitalismo depredador de recursos naturales y generador de grandes desigualdades, especialmente entre campo y ciudad. Ello ha provocado una crisis sin precedentes de muchos de estos territorios rurales. Sin embargo, es evidente que no todos los habitantes del medio rural son vencidos: una parte muy importante de las élites locales, desde propietarios latifundistas, grandes empresarios, especuladores, intermediarios comerciales, algunos representantes políticos o la propia iglesia han sido vencedores en el proceso de destrucción de las economías rurales y han participado, cuando no alentado,

ciertas políticas favorecedoras de su desarticulación. No obstante, este libro se centra en los vencidos: las comunidades rurales de pequeños ganaderos, agricultores, pastores, jornaleros, menestrales, artesanos o pescadores, el estamento más popular de estas sociedades, que sin embargo han sido históricamente mayoría aplastante frente a terratenientes, burgueses, nobles o eclesiásticos. En definitiva, esta obra se centra en la historia popular y sus tradiciones, que es la gran desconocida en la historia oficial de los pueblos (Algarra, 2015). Por esta razón hablamos del medio rural como un vencido, ya que su base social es la que ha sido sistemáticamente desarticulada.

No obstante, por otro lado el medio rural y natural sigue siendo irrenunciable para la condición humana y su supervivencia como especie. Es imposible, de momento, concebir una vida sin todos los servicios que nos presta. Pese al enorme progreso tecnológico que las sociedades capitalistas han desarrollado en el último siglo, pese a la intensidad del éxodo rural y de los procesos de urbanización en el planeta, y pese al grado de destrucción infligida en nuestra biosfera, seguimos necesitando a la naturaleza y sus recursos que aún existen y nos seguimos alimentando básicamente de los productos de la tierra, aunque grandes grupos de presión agroalimentarios intenten convencernos de que una agricultura tecnificada y modificada genéticamente, por lo tanto sin agricultores, es posible. Todo ciudadano necesita alguna vez en su vida servicios profesionales que normalmente se hallan en la ciudad, como una asesoría legal, fiscal, un notario o un psicoterapeuta. Pero desde luego, cada ser humano necesita comer al menos una vez al día, respirar un aire limpio, beber un agua con unas mínimas condiciones higiénico-sanitarias, e incluso, la tranquilidad espiritual que transmite un paisaje agrario, un bosque o un lago de montaña. Por esto el medio rural es un imposible vencido: unos territorios, unas formas de vida, unas relaciones con la naturaleza en crisis y decadencia en muchos lugares del mundo, pero absolutamente necesarias para la supervivencia de la biosfera y del ser humano, al menos hasta que no seamos capaces de colonizar otros planetas para hacer lo mismo que en la Tierra, o bien que seamos capaces de producir aire, agua y biodiversidad genética de manera artificial.

Este libro no es solo una llamada más a deconstruir muchos imaginarios colectivos que proyectan, aún hoy, una cosmovisión esencialmente negativa sobre “lo rural”. Es una reflexión que intenta mostrar cómo la modernidad y el capitalismo han logrado no solo desarticular miles de comunidades rurales, sino imponer la idea de que se trataba de un proceso “inevitable”, “natural” o incluso necesario para el progreso social y económico. Sin embargo, la idea de este libro no es solamente reconstruir las causas de la quiebra generalizada de

las sociedades rurales tradicionales. No se trata de una descripción más sobre la magnitud del desastre, o un alegato nostálgico sobre el empobrecimiento natural y cultural que conlleva el declive rural. Se pretende ir un paso más allá y ofrecer al lector un útil más, un manifiesto por un medio rural en positivo y con futuro, por unos modelos de vida más comunitarios y ecológicos y menos individualistas, consumistas y competitivos, que es el gran proyecto del sistema capitalista. Es, en definitiva una hoja de ruta, que frente a los reiterados discursos del “no hay alternativa”, dibuja algún escenario de futuro para el medio rural, aun sabiendo que gran parte de éste se halla biológicamente muerto si se habla de seres humanos, o si no convertido en territorios que ya nada tienen que ver con las sociedades rurales tradicionales.

Este libro está dividido a modo de manifiesto en dos grandes bloques y diez tesis o ideas a través de las cuales ilustramos cómo la crisis y desarticulación de sociedades rurales ha ido en paralelo con la consolidación del Estado capitalista. No se trata de un trabajo periodístico, y al contrario que otras obras sobre esta materia, la fuente de información principal no son los últimos pobladores o habitantes del medio rural, sino, por un lado, fuentes académicas y científicas, y, por otro lado, documentación histórica. No obstante, tampoco es un trabajo puramente académico. Cada tesis se ilustra con el análisis de un ejemplo real de población que el autor ha visitado, para conocer y estudiar su realidad y conversar con vecinos y alcaldes cuando ha sido posible, para formar así un pequeño *collage* que reivindica la riqueza cultural y material de un medio rural, en muchos casos a punto de desaparecer.

El primer bloque denominado “Autopsia”, intenta explicar el declive profundo, o incluso muerte de diferentes territorios rurales a partir de la conformación y expansión del capitalismo en sucesivos ciclos, desde la Ilustración y la primera revolución industrial surgida en una cantidad reducida de núcleos urbanos. La penetración creciente del capitalismo en el medio rural va paulatinamente reduciendo el tradicionalmente complejo, diverso y riquísimo medio rural a tres funciones básicas: residir (sobre todo en fin de semana o fiestas), depredar recursos y depositar residuos. La segunda de estas funciones es sin duda la más antigua. Casi se podría decir que existe desde la aparición de las primeras sociedades urbanas en la península y tiene un verdadero auge desde mediados del siglo XIX a través de la sucesión de ciclos mineros e industriales extractivistas en muy diversas áreas rurales en España y en todo el planeta, que, a medida que entran en crisis, dejan territorios devastados y de muy difícil reconversión. Todos aquellos espacios que no cumplen alguna de estas tres funciones, se van viendo poco a poco condenados a su desaparición. En las

primeras cinco tesis enmarcadas en esta “autopsia” se relata básicamente cómo la humanidad ha ido transitando desde formas de organización muy variadas y complejas, pero generalmente comunitarias y escasamente jerarquizadas, a Estados-nación centrales, periféricos o coloniales que relegan el medio rural y natural a cumplir estas tres funciones básicas mencionadas.

La segunda parte de la obra, titulada “El despertar de la conciencia”, contiene tres tesis. Se trata de una invitación a entrar en el campo de la acción y acometer la difícil tarea de proponer una construcción distinta y una recuperación de las ruralidades desde una óptica del entendimiento de la naturaleza y de sus ciclos, de estos espacios como un lugar digno donde vivir y al mismo tiempo huyendo de idealizaciones sobre lo rural. Partiendo de una serie de proyectos y experiencias reales, más que un recetario de buenas prácticas, este bloque constituye un argumentario para que el imposible vencido resurja como proyecto político alternativo, una nueva carta puebla, aplicable desde ya en cualquiera de nuestros medios rurales en decadencia.

En definitiva, esta obra intenta explicar las causas profundas de la gran anomalía que vive la España actual del siglo XXI: territorios vacíos, despoblados, con densidades de población en ocasiones propias de desiertos como el Sáhara, pero con una enorme riqueza cultural y natural, tierras fértiles y condiciones geográficas excelentes para la vida humana en territorios que, desde la antigüedad, han sido poblados y explotados por diferentes sociedades humanas. En síntesis, hemos abordado la cuestión de cómo y por qué hemos llegado hasta aquí, para seguidamente reflexionar sobre qué hacer.

La Cerrada (Teruel), 23 de diciembre de 2017

PRIMERA PARTE
AUTOPSIA

*J'ai fait le tour de mon pays.
Je cherche encore la trace de qui je suis*
Mes aïeux (2008)

He viajado por mi país/Aun busco las huellas de quien soy

1. LAS SOCIEDADES RURALES ERAN MODOS DE VIDA DIGNOS

“Hacia 20 años, una tarde de un mes de otoño de 1951, Francho de Basarán, sentado junto a la lumbre, comentaba con su esposa los inconvenientes de seguir viviendo allí, abandonados a su destino [...]El maestro, don Luis, había desaparecido ya hacía seis años y, con él, toda esperanza de futuro en el pueblo y toda correa de transmisión con el mundo exterior. Los vecinos no solo no regresaban sino que, al contrario, se contaban maravillas sobre su nueva vida: jornadas de ocho horas, fines de semana de descanso, vacaciones, más comodidad y menos frío durante los inviernos, médicos cerca...Seguro que a todos no les habría ido tan bien, pero, unas veces, la vergüenza de sentirse fracasados antes sus paisanos y amigos y, otras, la imposibilidad de volver después de haber quemado sus naves, los obligaba a permanecer en silencio”.

José Hidalgo (2014: 34).

Como afirma el escritor Julio Llamazares, la vida de las comunidades rurales y de montaña no eran ni la arcadia feliz ni un infierno. La construcción y producción del espacio de eso que hoy llamamos medio rural ha estado plagada de conflictos entre sociedades humanas, y dentro de las mismas, entre diferentes estamentos y clases sociales: grandes ganaderos contra agricultores, unas comunidades y villas contra otras, grandes contra pequeños ganaderos, jornaleros frente a latifundistas, molineros frente a agricultores, ciudades contra villas y aldeas etc. En este sentido, la historia del medio rural en España ha sido una sucesión de conflictos sociales, a veces incluso bélicos como la revuelta de los comuneros y de las Germanías en el siglo XVI, entre nobleza frente a menestrales, agricultores y jornaleros, y entre agricultores frente a ganaderos. También han abundado las experiencias fallidas, desde las primeras sociedades agrícolas hasta los intentos de colonización del campo desde el siglo XVIII. No hubo, por tanto, un pasado arcádico en el que la sociedad vivía en armónica relación con la naturaleza (Pascua, 2012: 16) ni una “primera naturaleza” prístina e inocente. Una revisión de la historia moderna del agro español nos muestra el carácter fluctuante y heterogéneo de los territorios rurales. Una vez culminada la reconquista en 1492, el siglo XVI es un periodo de auge para estos territorios debido al alza de los precios de los productos agrícolas provocada por el aumento de la demanda interior y exterior con el inicio de la colonización de América, con una expansión de las roturaciones en detrimento de los pastos y una extensión del latifundismo con la compra de nuevas

tierras (Anes, 1970: 94). El siglo siguiente, en cambio, es de profunda crisis en el medio rural y de despoblación a causa de guerras y epidemias, de la expulsión de los moriscos, de la disminución de precios o la elevación de los tributos, entre otras causas (íbid, 1970). De nuevo, el siglo XVIII vuelve a ser un periodo de expansión agrícola, intensificación de los cultivos y de los conflictos entre labradores y personeros de ciudades frente al Concejo de la Mesta, así como de avance de la deforestación, hasta bien entrado el siglo XIX, lo que supondrá, en muchos territorios, una grave catástrofe ecológica. En definitiva, a lo largo de los últimos cinco siglos, numerosas parroquias, aldeas, castillos, dehesas, pastos, bosques y campos fueron reiteradamente abandonados y repoblados en diferentes ocasiones, lo que en definitiva, debería alejar la idea del medio rural como un territorio estático y de las sociedades rurales como comunidades “fossilizadas” en el tiempo, con unos usos y costumbres ancestrales y una relación de perfecta armonía con la naturaleza, tal y como son descritas con frecuencia. Al contrario, como afirma Pernoud (2010):

“Nunca se comprenderá lo que fue la sociedad (rural) si se desconoce la costumbre, es decir, el conjunto de usos nacidos de hechos concretos y que reciben su poder del tiempo que los consagra; su dinámica es la de la tradición: algo heredado, pero vivo, no petrificado, siempre susceptible de evolución sin estar nunca sometido a una voluntad particular”.

Pernoud, 2010, citado por Algarra (2015)

La vida en el mundo rural, en general, requiere de un duro trabajo y de unas relaciones fuertes tanto con la tierra, como entre hombres y mujeres. En el caso de España, en la mayoría de casos, se trata de sociedades profundamente patriarcales en las que la mujer vive subordinada al padre, al hermano o al marido, y con escaso poder dentro de la comunidad, si bien esto hay que matizarlo mucho y es difícil generalizar. Al duro trabajo en el campo o en el bosque hay que añadir el cuidado de los hijos o de los ancianos y los espacios de libertad y feminidad son más bien escasos. Pero sin duda es el régimen feudal y su explotación a veces insostenible para muchas comunidades rurales, la causa de la miseria de miles de familias. Mucho antes de la implantación del capitalismo, que continuará, intensificará, perfeccionará y sistematizará el extractivismo del medio rural, el feudalismo implicó la ruina y empobrecimiento de una parte significativa del campesinado, especialmente en años de escasez de grano o como consecuencia de la subida de todo tipo de impuestos, diezmos, alcabalas y

sisas. Un ejemplo es este relato que hacen los Procuradores del Común de Segovia a principios del siglo XIX:

“Deducen los exponentes que el precio del trigo en Segovia llegará a cuatrocientos reales. En estas circunstancias, ¿quién podrá subsistir? Si los ricos, los acomodados y los pobres libran principal y acaso únicamente su sustento en el pan, ¿a qué precio lo encontrará el jornalero que no tiene más recurso que el trabajo personal del día?[...] Estos hombres sin bienes, porque la necesidad del año anterior les precisó a enajenar sin esperanza de rescate hasta los vestidos con que se presentaban con alguna decencia, consternados con la reflexión de su misma miseria actual y amedrentados con la idea de la que esperan, estas gentes, a quienes, por otra parte ha faltado el padre, la madre, el hijo y el bienhechor donde hallaban remedio y que les ha visto perecer al rigor del hambre, del desamparo y de la epidemia, ¿en donde hallarán socorro?”.

Consejos, legajo 6782,(1803), citado por Anes (1970: 409).

Sin embargo, la comunidad rural es también un modo digno y honesto de vida. El medio rural y natural que las generaciones presentes heredamos, ya desfigurado, menospreciado y abandonado en muchos casos, es el resultado refinado de siglos de gestión y organización con múltiples vaivenes. Adolfo García utiliza el concepto de paisano para referirse al campesinado, puesto que lo define como un hombre tridimensional que mantiene relaciones armoniosas con su entorno natural, con los demás y con un mundo de valores muy alejado del individualismo y el consumismo hoy en día dominante, y que sigue los ritmos de la naturaleza y de la vida (Batalla, 2017). De hecho, los paisajes, el medio rural y hasta el propio medio ambiente no dejan de ser una construcción social y cultural de las comunidades que los habitan (Worster, 1985). Se trata de sociedades donde no hay lugar para la vagancia, pero donde el trabajo y la alimentación, y por lo tanto la supervivencia, están generalmente asegurados. Los vínculos, tanto con el clan o la familia, como con la tierra son muy fuertes, de forma que la vida cotidiana se adapta completamente a los ciclos naturales de las estaciones, ya que muchos pueblos consideran la naturaleza, la sociedad humana y el mundo supraterráneo partes de un mismo todo. A pesar de las múltiples penurias que las sociedades rurales han vivido a lo largo del siglo XX, el sentimiento de arraigo a una comunidad, a un lugar y a una cultura sigue siendo muy fuerte en muchas personas, que, incluso después de jubilados, se resisten a abandonar sus oficios tradicionales de pastor, agricultor, pescador o ganadero. No solo eran modos de vida dignos, sino también más saludables, sobre todo comparados con los modelos de vida acelerados e individualistas de la modernidad global actual. No en vano, la tan celebrada dieta mediterránea no es sino un conjunto de

tradiciones culinarias de diferentes pueblos y comunidades rurales que han sabido aprovechar la naturaleza para poder subsistir.

La historia de los bosques, de los ríos y montañas es por lo tanto inseparable de la historia de los diferentes modos de producción, de los diferentes pueblos, aldeas y comunidades, que han ido territorializando la naturaleza a su manera. Ninguno ha sido ecológicamente “inocente” (Camus, 2006: 31). Muchas sociedades rurales han ido evolucionando desde el nomadismo al sedentarismo, por ejemplo de la trashumancia a la agricultura, alterando profundamente sus estructuras sociales y territoriales, otras han sido invadidas, profundamente transformadas o destruidas. La enorme biodiversidad con que cuenta la península Ibérica, la calidad de sus paisajes y la inmensa riqueza de sus acervos culturales, son también el legado de ese mundo rural complejo y heterogéneo que hunde sus raíces en los momentos fundacionales de los primeros reinos cristianos e islámicos en la alta Edad Media y, en muchos aspectos, incluso bastantes siglos atrás.

La irrupción del capitalismo mercantil en el siglo XVI, y su expansión y consolidación a partir del siglo XIX, está detrás del declive de muchas ruralidades en España y en el mundo, incluidas en ellas la inmensa mayoría de pueblos indígenas o etnias no europeas. Sin embargo, el capitalismo no deja de ser un modelo más, generador de naturaleza y productor de paisaje aun con alteraciones mucho más profundas que otros modos de producción anteriores a través de la expansión de la industria, de la propiedad privada, de los ciclos mineros o los proyectos hidroeléctricos, por poner algunos ejemplos. No en vano, existe un creciente consenso al designar al hombre moderno que surge con el capitalismo mercantil como una fuerza geológica planetaria tal (Camus, 2006:29), que nos sitúa en un periodo geológico nuevo: el antropoceno, en el que es la mano humana el principal agente transformador y creador de naturaleza. Por eso comenzamos el relato de la crisis de la ruralidad a partir del triunfo del liberalismo y del Estado burgués desde finales del siglo XVIII, si bien es importante recalcar que antes de estos procesos no nos encontramos con sociedades rurales perfectamente estructuradas ni con naturalezas prístinas.

En definitiva, las sociedades rurales ibéricas eran, por lo general, modos de vida dignos. Se estructuraban y jerarquizaban con el fin de permitir la supervivencia de la comunidad y ésta se desarrollaba en equilibrio inestable con la naturaleza. Fueron capaces de adaptarse al medio natural durante generacio-

nes, lo que ha permitido que aún hoy en día disfrutemos de muchos territorios de gran valor cultural y natural. Quizás la mejor manera de ilustrar esta idea sea dar la palabra a aquellos que fueron partícipes de sociedades rurales enormemente heterogéneas y que por desgracia han desaparecido casi por completo. Un buen contrapunto es mostrar cómo eran, cómo se estructuraban socialmente y se relacionaban con la naturaleza dos sociedades totalmente distintas en momentos históricos en los que la aculturación producida por la modernidad y las relaciones capitalistas aún no eran hegemónicas.

Escartín y el Sobrepuerto, a medio camino entre el infierno y el cielo (Huesca)

José Satué Buisán nació en Escartín en 1907 y a los 11 años ya estaba dedicado en cuerpo y alma a la trashumancia y la agricultura. Había ido unos años al colegio y enseguida tuvo que matricularse en la universidad de la vida. Aprendió a seguir el ganado entre la niebla, a alimentar con su propia mano a las reses cercadas por la nieve, a guiarse con las estrellas o a viajar con patatas hasta Alberuela de Lalierna para cambiarlas allí por vino, entre muchas otras cosas. Vino al mundo en una sociedad austera, de subsistencia, en la que el dinero no existía porque todo se conseguía a trueque (Satué, 2007). Escartín era uno de tantos pueblos de montaña que a lo largo de su historia sobrevivió a las duras condiciones geográficas del Pirineo. En su momento de mayor apogeo, hacia principios del siglo XX, llegó a contar con 18 casas abiertas, unos 140 habitantes según el censo de 1910 (Laglera, 2015). Como todos los pueblos del Pirineo, la ganadería ovina era su principal fuente de subsistencia, junto con una agricultura de secano adaptada al clima pirenaico que explotaba el trigo principalmente, pero también la avena y el centeno para las ganaderías y caballerías en invierno, las legumbres y las patatas. Los habitantes de Escartín bajaban sus ganados a los valles del Ebro, donde alquilaban terrenos de pasto y permanecían meses alejados de su pueblo y de sus familias. Eran por lo tanto grandes conocedores del territorio y de todas las sendas y veredas para llegar a las principales poblaciones sin ayuda de ningún mapa.

Como afirma Menzies (2014: 81-87), las sociedades rurales, en general, poseían una vinculación muy fuerte con la espiritualidad de la naturaleza, y pueblos como Escartín no eran ajenos. El calendario estaba marcado por una serie importante de días festivos para honrar a deidades precristianas, aunque